



# SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 48.

JUEVES 5 DE FEBRERO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripción

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

LA DOMESTICACION DE LOS ANIMALES Y CONDICIONES PARA CONSEGUIRLA, por Ramon Llorente y Lázaro. (Continuacion.)—CARDILLAC EL JOYERO. (Continuacion).—EL CALAO RINOCERONTE.—LAS PRIMERAS IMPRESAS DE HERNAN CORTES EN MEJICO.—LA REDOMA ENCANTADA, por Juan Eugenio Hartzenbusch.—Y ES VERDAD, a Concepcion, por Modesto Llorens.—LA CHINA ARMANDOSE A LA EUROPEA, por Sinibaldo de Mas.

## LA DOMESTICACION DE LOS ANIMALES Y CONDICIONES PARA CONSEGUIRLA.

(CONTINUACION.)

Pero nada importan todas estas objeciones comparadas con lo que la historia de la humanidad nos enseña.

El hombre aparece dueño de animales, cuidando de su multiplicacion desde las épocas mas remotas, como que aun antes de los tiempos históricos le vemos poseedor de muchas especies, entre ellas las mas importantes, las que podemos llamar de primera necesidad. Al hablar del origen de los animales domésticos he consignado la gran influencia que en este hecho tan trascendental pudieron tener las diversas religiones del Oriente, de las que si algunas prescribían la cria y conservacion, otras las consideraban como objetos de veneracion y de culto.

Los griegos, esencialmente artistas, no se limitaron á las especies útiles como lo habian hecho sus predecesores, sino que inauguraron las primeras domesticaciones de lujo: no les bastó lo útil, buscaron lo bello aumentando el catálogo de los animales domésticos con aves de esbeltas formas y de brillantes colores.

El pueblo romano heredero de las civilizaciones antiguas, particularmente de la Grecia, conservó lo que habia recibido y añadió algo; pero en lo que mas se distinguió esta nacion poderosa, cuyas legiones conquistaron todo el mundo conocido, fue no tanto en las nuevas

adquisiciones de especies domésticas como en la educacion y amansamiento de otras.

Durante los siglos de su verdadera grandeza; mientras que sus ocupaciones fueron la guerra y la agricultura, sus cuidados se dirigieron solo á las especies que para tales faenas pudieran serles útiles. En la decadencia de la república y durante el imperio tras lo útil vino lo superfluo, y como consecuencia del lujo la corrupcion.

El pueblo rey adquiria á costa de inmensos sacrificios nuevos animales con que entretenerse en los espectáculos públicos y con que aumentar el catálogo inmenso de los manjares con que cubrian sus mesas, algunos de los que nos repugnan hoy por su extravagancia; pues demostrado está hasta qué extremo les llevó el refinamiento del lujo en esta materia.

No todo lo que hicieron merece sin embargo, esta dura calificacion. Criaban y sometian al régimen del cebo algunas especies de mamíferos que vivian en grandes parques y que se los acostumbraba á acudir al son de una trompeta. Conocieron el arte de producir en el hígado de algunas palmípedas ese desarrollo anormal que constituye un manjar tan apreciado por los gastrónomos de nuestros días. La piscicultura, que hoy se considera como la mas reciente de las aplicaciones de la zoología práctica, fue entre ellos un arte perfecto: trasladaron peces desde los mares de la Grecia al de Toscana: establecieron viveros de agua dulce y salada, y hasta conocieron, segun algunos, las fecundaciones artificiales de los peces, que les produjo híbridas ictiológicos de la mayor importancia.

En la historia de lo que se refiere á las aplicaciones de los animales á los espectáculos públicos, se ve mas aun toda la magnitud de empresas que puede acometer un pueblo rico y ávido de placeres.

En los últimos siglos de la república los Cónsules dieron con frecuencia al pueblo el horroroso espectáculo de sacrificar multitud de animales raros, llegando su número á tal, que

cuando se inauguró el teatro de Pompeyo murieron 400 panteras y 600 leones; en los mismos juegos perecieron tambien 20 elefantes con circunstancias tan horribles que escitaron la pública consideracion.

Marco Antonio se presentó al asombrado pueblo en una carroza tirada por leones; otro tanto hizo Heliogábalo imitando á la diosa Cibele ó empleó tigres como Baco; alguna vez fue conducido por ciervos y por perros. Unos avestruces de extraordinaria magnitud tiraron del carro del emperador Firmus, con una velocidad tal que mas parecia vuelo que carrera.

Si todo esto es sorprendente, lo es mucho mas el hecho de adiestrar á los elefantes hasta el punto de convertirlos en hábiles titiriteros, todo lo que está atestiguado por autoridades respetables: Germánico enseñó elefantes que bailaban aunque groseramente: en los juegos que Neron estableció en honor de Agripina, en el triunfo de Germánico, y mas tarde durante la dominacion de Galba se presentaron elefantes que danzaban en la cuerda tirante, y alguna vez cabalgando en ellos un caballero romano.

Cuvier que se ha ocupado circunstanciadamente de los diferentes animales que fueron sucesivamente apareciendo en el circo, cree que estos elefantes, tan hábiles volatines, habian nacido en estado de cautividad; pero este hecho es dudoso en vista de las observaciones modernas hechas no solo en Europa sino en la misma India.

En época mas reciente, cuando destruido el poder romano por las vigorosas huestes que vinieron del Norte, cuando ya se hallaban tranquilamente establecidas en todas las comarcas de Europa, pasó el estrecho y se posesionó de España un pueblo que dominando en ella por muchos siglos dejó huellas indestructibles de su saber y cultura.

Los árabes, que en un período tan rudo como la edad media, fueron no solo los que conservaron las nociones científicas del Oriente, sino que hicieron prodigiosos descubrimientos en la



historia natural, en la medicina, en las matemáticas y en todas sus aplicaciones: los árabes, pues, durante estos tiempos, en todos los puntos sometidos á su dominio, propagaron su religión, sus costumbres, su idioma, sus admirables prácticas agrícolas, y por lo que mira á nuestro asunto, algunas razas de animales domésticos que ya se poseían, ó especies enteramente nuevas, de las que con solo citar el gusano de seda, cuya cria establecieron entre nosotros, se comprenderá el importante servicio que prestaron á la Europa moderna.

Después de estos períodos históricos, dos pueblos se han distinguido por los bienes que sus esfuerzos han acarreado á la humanidad: el pueblo inglés y el español.

Los trabajos de los ingleses han tenido dos objetos; uno, la introducción de algunas especies nuevas de recreo ó de utilidad secundaria, y el otro, la mejora de las razas indígenas ya por el método llamado selectivo, ya por el empleo de razas extranjeras en cruzamientos tan importantes, que han dado á Inglaterra la supremacía agrícola, particularmente en la industria pecuaria.

En cuanto á los españoles, nadie puede negar los grandes servicios que han prestado en los tiempos modernos á la humanidad en el asunto que nos ocupa.

Al conquistar en los siglos XV y XVI las estensas regiones que llegaron á hacer de España el mas dilatado imperio de cuantos se habían conocido hasta entonces y de los formados después: al llevar nuestros antepasados á tan remotos climas la religión, la lengua y las costumbres de la patria, los enriquecieron con cuanto mas precioso poseían en animales y plantas; al mismo tiempo que trajeron á Europa otros productos que tanto la han aprovechado.

Aun prescindiendo de tan importantes servicios hechos á la par de las conquistas, es muy antiguo en España el intentar aclimataciones de animales de reconocida utilidad; y si no fuera completamente ageno á nuestro propósito el entrar en pormenores de especies en particular, saben muy bien los conocedores de estas materias lo fácil que nos sería probar este aserto. Así lo reconocen y lo confiesan en sus escritos los hombres eminentes que, particularmente en Francia, se hallan al frente del movimiento científico desarrollado en nuestros días en el sentido de procurar el mayor bienestar posible á los hombres por las aplicaciones de la Historia natural.

Tiene además España las mejores condiciones para esta clase de trabajos: la estensa superficie de la Península presenta, por los accidentes del terreno, todos los climas, como consecuencia, sitios de elección para las especies que se quieran introducir. Los dos mares que bañan nuestras costas abren un camino fácil, el uno para el Oriente, el otro para el mundo descubierto por Colon. De todo lo que puede inferirse la importancia de nuestro concurso en la grande obra emprendida en nuestros días.

(Se continuará.)

RAMON LLORENTE Y LÁZARO.

## CARDILLAC EL JOYERO.

(CONTINUACION.)

### VI.

Del mismo modo que la primera vez, cuando Brusson fue con las joyas, llamaron á media noche á la puerta de la casa de la señorita de Scuderi, y Bautista que estaba advertido abrió inmediatamente. Un frío nervioso corrió por todo el cuerpo de la señorita, cuando por los pasos mesurados y las voces que hablaban en tono bajo, se enteró de que los gendarmes dividían sus fuerzas y se situaban en los diferentes ángulos del corredor. Después la puerta de su cuarto se abrió lentamente, entrando Desgrais seguido del reo que se hallaba ahora libre de sus cadenas y bien vestido.

—Aquí está el preso, dijo el jefe de policía, y sin pronunciar una palabra mas se retiró al corredor cumpliendo así lo prometido.

Brusson se hincó inmediatamente de rodillas ante la venerable señorita y cruzando sus manos en ademán suplicante, prorrumpió en lágrimas, mientras la señorita de Scuderi, poniéndose muy pálida le miraba sin poder pronunciar una palabra. Aunque las facciones del joven estaban cambiadas y desfiguradas por los sufrimientos que había pasado, se advertía sin embargo en su porte naturalmente distinguido, una espresión de verdad y de honradez, que abogaba mas en favor suyo que todo lo que podía haber dicho con palabras. Mientras mas le miraba la señorita, mas le suscitaba su imaginación el recuerdo de alguna persona á quien ella había conocido y amado en otro tiempo, pero cuyo nombre la era imposible recordar. Todos sus sentimientos de terror y de aversión se desvanecieron gradualmente; se olvidó de que era el asesino de Cardillac el que estaba arrodillado delante de ella, y le habló con el tono agradable de tranquila benevolencia que la era tan peculiar, preguntándole por qué había pedido esta entrevista y qué tenía que confiarla.

El joven permaneció aun en su postura suplicante, lanzó un profundo suspiro y contestó:—¡Oh mi digna bienhechora! ¿es posible que todo recuerdo mio se haya borrado de vuestra imaginación?

La señorita de Scuderi le contestó, que en efecto hallaba semejanza entre él y alguna persona á quien había conocido, y además que era solo debido á esta semejanza, el que ella se hallase dispuesta á vencer su aversión y á escuchar tranquilamente la confesión de un asesino. Estas palabras hirieron profundamente á Brusson; se levantó indignado y retirándose algunos pasos exclamó arrugando el entrecejo y dando una espresión terrible á sus miradas: parece que habeis olvidado á Ana Guiot, pero como quiera que sea; su hijo Oliverio, á quien en su infancia habeis tenido cariñosamente en vuestros brazos, es el que está ahora delante de vos.

—¡Santo cielo! exclamó la señorita de Scuderi cubriéndose el rostro con ambas manos y dejándose caer en el sofá.

Había en efecto motivos razonables para la sensación que la dominaba en aquel momento. Ana Guiot, la hija abandonada de un hombre desgraciado había sido protegida desde la infancia por la señorita de Scuderi que se había conducido con ella con el cariño y la benevolencia propios de una madre. Cuando estuvo en edad de casarse un bello joven llamado Claudio Brusson solicitó casarse con ella. Como este joven era un relojero muy bueno y en este concepto no le podía faltar su subsistencia en París, la señorita de Scuderi conociendo el amor que Ana le profesaba no dudó en acceder á su casamiento. Los dos jóvenes pusieron casa por sí y parecían completamente felices en sus circunstancias domésticas; pero lo que aumentó mucho mas su felicidad fue el nacimiento de un hermoso niño que era el vivo retrato de su madre.

El pequeño Oliverio fue un ídolo para la señorita de Scuderi que solía tenerle en su casa días enteros jugando con él y acariciándole; el niño se acostumbró desde luego á ella estando tan contento á su lado como al lado de sus padres. Tres años pasaron así cuando la envidia y la mala voluntad de los que ejercían el mismo oficio que Brusson tuvo tal influencia que su trabajo fue disminuyendo de día en día, y al fin se vió reducido á la necesidad. En estas circunstancias se vió asaltado de un vehemente deseo de visitar Ginebra, su ciudad natal, y por lo tanto se llevó consigo su mujer y su hijo, á pesar de las objeciones de la señorita de Scuderi que deseaba que Brusson permaneciera en París y que le prometía ayudarle con todo su poder. Ana le escribió desde Suiza algunas cartas afectuosas y parecía completamente contenta como antes; pero repentinamente y sin que hubiera razón al-

guna para ello, dejó de escribir, por lo cual, la señorita de Scuderi dedujo que la vida que llevaba en Ginebra era tan próspera y dichosa que había borrado de su imaginación todas las circunstancias de su vida anterior en París. Desde que el relojero se había ido á establecer en Suiza había pasado un intervalo de 23 años, de modo que la señorita de Scuderi le había olvidado casi por completo y además el apellido de Brusson no la había sido nunca muy familiar.

—¡Esto es horrible! dijo al fin la señorita esforzándose para mirarle. Vos sois Oliverio, el hijo de mi querida Ana Guiot ¿y ahora...?

—En efecto, repuso Oliverio, jamás os hubierais figurado que el niño á quien habeis acariciado tan frecuentemente con la ternura de una madre, se os presentaría un día como un hombre acusado de los crímenes mas horribles. No soy á la verdad completamente inocente y hay faltas que la Cámara ardiente puede imputarme con justicia; pero os juro del modo mas solemne aun por mi esperanza de la misericordia de Dios en mi último momento, que soy inocente de todo asesinato; no ha sido mi mano ni por connivencia mia lo que ha puesto un término á la vida de Cardillac.

La voz le faltó á Oliverio al hablar así, y la señorita de Scuderi le mostró una silla, en la que temblando, y como incapaz de sostenerse á sí mismo se dejó caer.

—He tenido tiempo para prepararme para esta conversacion, dijo, que miro como el último favor que me puede ser concedido en este mundo por esa justa Providencia con la cual me he reconciliado ya. He adquirido bastante tranquilidad y posesión de mí mismo para hacer una relacion clara de mis incomparables desgracias, que os suplico escuchéis con paciencia por mucho que pueda sorprenderos el descubrimiento de un secreto tal como no os le podeis haber imaginado jamás y que os parecerá casi increíble.

—¡Ojalá mi desgraciado padre no hubiera salido jamás de París. Mis primeros recuerdos de Ginebra me presentan únicamente los lamentos y las lágrimas de mis desdichados padres, con los cuales yo tambien lloraba amargamente sin saber por qué. A medida que fui creciendo me enteré por mi propia y triste experiencia de la pobreza y de las privaciones en que ellos vivían aun, porque mi padre se vió engañado y burlado en todas las esperanzas que había formado al venir á su pais natal, hasta que al fin, vencido completamente y gastado por sus pesares y aflicciones, murió precisamente, cuando acababa de ponerme de aprendiz en casa de un platero. Mi madre hablaba frecuentemente de la noble y benévola señorita de Scuderi y deseaba escribiros su desgracia. Muchas cartas fueron empezadas con este propósito, pero se hallaba demasiado vencida por el desaliento y la apatía que tan frecuentemente acompañan á los males, para poder terminarlas. Este sentimiento y tambien acaso una falsa vergüenza que es muy comun en un espíritu abatido, la impedían llegar á tomar una resolución efectiva; por último, á los pocos meses de la muerte de mi padre mi madre le siguió al sepulcro.

—¡Pobre y desgraciada Ana! exclamó la señorita de Scuderi vencida otra vez por sus sentimientos; pero yo doy gracias á Dios porque la ha sacado de este mundo tan corrompido y no ha vivido hasta el día de hoy para ver á su hijo, que cubierto de ignominia está para caer en manos del verdugo.

A estas palabras Oliverio lanzó un gemido de angustia y levantó los ojos con una mirada salvaje y extraordinaria. Por la parte de afuera de la puerta se sentía un ruido como de pasos que se daban rápidamente hacia atrás y hacia adelante.

—¡Ah! dijo Oliverio con una sonrisa amarga, Desgrais tiene alerta á sus camaradas, como si yo pudiera escaparme aquí ó en cualquier otra parte de sus garras. Pero permitidme que prosiga; yo me hallaba severamente



tratado, ó por mejor decir, de un modo cruel por mi nuevo maestro, aunque probé bien pronto que era un buen platero, y aun aventajé á mi maestro. Sucedió que un día fué á nuestra tienda un extranjero que deseaba comprar algunos objetos de joyería. Mirando un hermoso collar que era obra mía me dió un pequeño golpe en el hombro con familiaridad y me dijo: «A decir verdad mi joven amigo, esto está admirablemente concluido. Ningun hombre puede sobrepusaros á no ser Renato Cardillac, que es sin duda el mejor platero del mundo. En mi opinion deberíais ir con él porque probablemente se alegraría mucho de teneros en su casa como oficial, y por otra parte solo de él podeis aprender algo más y adelantar en vuestro oficio.» Las palabras de este extranjero me causaron una impresion profunda; yo no podía estar mas tiempo con gusto en Ginebra y alimentaba un deseo vehemente de volver á Francia, mi país natal. Al fin logré verme libre de mi compromiso con mi maestro y llegué á París á su debido tiempo; allí me informé dónde habitaba Renato de Cardillac, por quien fui recibido con tal frialdad y con maneras tan ásperas que un joven sin experiencia hubiera quedado completamente desalentado. Yo, sin embargo, no abandoné mi propósito é insistí en que me diera algun trabajo por insignificante que fuera, y al fin me mandó que hiciese y concluyera del mejor modo que pudiera una pequeña sortija. Cuando le llevé mi trabajo fijó en mí sus ojos penetrantes como si quisiera leer en mi interior y luego dijo: «Brusson eres efectivamente un joven diestro é inteligente. Desde hoy en adelante debes vivir en mi casa y ayudarme en mi trabajo; te daré un buen salario y no tendrás motivo para estar descontento con tu plaza.

Cardillac cumplió su palabra y yo fui recibido con cariño en su casa, no teniendo razon alguna para quejarme de cómo me trataba. Durante algunas semanas, estuve viviendo en la casa sin ver á Magdalena que á la sazón vivía en el campo con un pariente lejano; al fin volvió á su casa, pero ¡cuán sorprendido quedé al ver la inocente y angelical belleza de esta joven! No ha habido jamás mortal alguno que haya amado de un modo tan tierno y tan profundo como yo lo he hecho; pero ahora... ¡ah Magdalena!

Oliverio fue vencido aquí por sus sentimientos, y durante algunos instantes le fue imposible proseguir; se cubrió el rostro con ambas manos y sollozó violentamente, pero con un esfuerzo determinado continuó de esta manera:

Magdalena me miraba frecuentemente con una espresion en la que yo creía leer que aprobaba la admiracion que yo sentía. Solía ir al taller con mas frecuencia que antes, y al fin descubrí con alegría que me amaba y muchas veces sin ser vigilados por su padre un apretón de manos ó un beso servía de prueba del cariño mútuo que existía entre nosotros. Cardillac sin embargo, parecia no observarnos jamás; pero despues que hube pasado mis años de aprendizaje y de estar cierto de que gozaba una buena reputacion, resolví manifestar claramente á Cardillac mi amor á su hija. Sin embargo, una mañana cuando iba á empezar mi trabajo diario, Cardillac se dirigió hácia mi súbitamente con los ojos centelleantes de furor. No tengo necesidad de vuestro auxilio por mas tiempo, me dijo, salid en este instante de mi casa y no os pongais jamás ante mi vista. No tengo necesidad de que os diga por qué no puedo soportar mas tiempo vuestra presencia. El fruto que habeis deseado es tentador en efecto, pero está demasiado alto para que podais alcanzarle, por lo tanto, recoger vuestros efectos y marchaos.

Yo iba á contestar, pero sin aguardar un momento, como si hubiera sido atacado de una locura súbita me agarró por el cuello y me echó por la puerta con tal violencia que caí por la escalera lastimándome gravemente la cabeza y el brazo derecho. Dejé, pues, la casa con el corazón lleno de rabia y me dirigí al último extremo

del arrabal de San Martin, donde tenia un conocido que me recibió en su humilde habitación. Aquí continuó mi agitacion, no pudiendo estar tranquilo ni de día ni de noche; por la noche sin embargo yo acostumbraba á vagar por las cercanías de la casa de Cardillac esperando que Magdalena tal vez oiría las quejas que yo á veces no podía reprimir, y si ella hubiera logrado hablarme desde una ventana hubiera tratado de persuadirla que adoptara alguno de los planes desesperados que estaba imaginando para llegar á escaparnos.

Recordad ahora, señorita, que contigua á la casa de Cardillac en la calle de la Nicaise hay una pared alta adornada con nichos en algunos de los cuales hay estatuas antiguas modeladas en piedra. Sucedió que una vez que yo me habia ocultado cerca de una de estas estatuas y miraba hácia las ventanas de la casa que dan á la calle de que esta pared es el límite, mientras estaba allí de guardia, percibí súbitamente una luz en el taller de Cardillac; era media noche, en cuya hora jamás solía estar despierto mi maestro; porque en el momento que daban las nueve se retiraba siempre á reposar. Mi corazón latía violentamente, porque creía que era posible que hubiera sucedido algun accidente á consecuencia de lo cual yo podría tal vez obtener de nuevo mi entrada en la casa, pero la luz se desvaneció bien pronto. Determinado á vigilar cuanto me fuera posible, y con el objeto de sustraerme á todo peligro de ser observado me introduje en el nicho detrás de la estatua, pero apenas me vi obligado á separarme con horror, porque sentí una presion en mi cuerpo, como si la imagen de piedra se animara súbitamente. Me retiré á alguna distancia, conservándome siempre en la sombra y ví que la estatua daba vueltas lentamente y que de detrás de ella salió una figura negra envuelta en una larga capa, que con pasos ligeros y cautelosos se fué deslizándose por las calles. Yo corrí á ver la estatua y traté de moverla, pero estaba fija é inmovil como de costumbre. Sin reflexionar, y guiado por un impulso interior é irresistible dejé aquel lugar y seguí á la misteriosa figura, hasta que precisamente al lado de una urna de la santa Virgen, al dar la vuelta, la luz de la lámpara consagrada á aquella imagen hirió su rostro. Era Cardillac.

Un sentimiento de horror y de temor indefinible me asaltó; mas como si me moviera por algun encanto me sentí impelido á seguir á este sonámbulo, pues tal me parecia entonces Cardillac. Por último dió la vuelta á una esquina y se desvaneció completamente en las sombras de la noche. Sin embargo, conforme fui andando me quedé perfectamente enterado del punto por donde iba, porque como estaba familiarizado con los mas ligeros sonidos de su voz, conocí por ciertas interjecciones que le eran habituales, aunque las pronunció en un tono muy bajo que se habia detenido en el pórtico de una casa de la vecindad. ¿Qué será de todo esto? pensaba en mi interior, y ¿qué tratará de hacer? Durante este tiempo, permanecí en la sombra que formaban las casas, de modo que era imposible que me vieran. No tuve que esperar mucho tiempo, pues bien pronto vino un hombre con grandes plumas en el sombrero, haciendo ruido con sus espuelas militares y cantando todo el camino como si estuviera ébrio una cancion de amor. Semejante al tigre que se lanza sobre su presa, Cardillac saltó de su escondrijo y atacó al hombre, que sin exhalar un suspiro ni un gemido, cayó al suelo en el instante mismo como si estuviera sin vida. Yo me precipité hácia adelante, para impedir una violencia mayor y encontré al asesino frente á frente al tiempo que estendía al través el cuerpo del hombre asesinado. Maese Cardillac, le dije con el tono de voz mas fuerte que pude, ¿qué haceis aquí? Cardillac no me contestó, pero con una exclamacion medio ahogada por la rabia y el resentimiento pasó á mi lado con increíble ligereza y desapareció.

Yo me hallaba tan agitado en aquel momen-

to que apenas sabia donde estaba ni lo que hacia; sin embargo con paso trémulo, me dirigí hácia donde estaba la víctima de Cardillac y me arrodillé en el suelo á su lado. Creí que todavía estaria viva y que seria posible hacerla volver en sí, pero pronto me convencí de que estaba completamente muerta. En esto llegó la policía por casualidad y me cercó. Venid pronto, gritó uno de ellos, que aquí hay otro hombre asesinado y sin duda lo ha sido por las manos del mismo demonio. ¡Hola, joven! ¿qué haceis aquí? Sois tal vez alguno de la cuadrilla de esos malvados, con que á la cárcel. Dicho esto me cogieron como si hubiera sido el criminal, mientras que yo que apenas podía pronunciar una palabra hice un esfuerzo para decirles que era incapaz de un hecho tan horrible y los rogué que me dejaran marchar en paz. Por último, uno de ellos poniéndome la luz cerca del rostro, soltó una gran carcajada. ¡Cómo! dijo, este es Oliverio Bruzzon, el aprendiz de joyero, que trabaja ahora en casa del bueno y honrado ciudadano maese Renato Cardillac. ¿Seria capaz de asesinar á las gentes en las calles? No parece muy propio de un asesino el estar aquí compungido al lado de un cadáver y dejarse coger preso, pero ¿cómo ha sucedido esto, Brusson? Contad francamente vuestra historia, pero sin rodeos.

Iba por la calle, dije yo, cuando ví á un hombre saltar desde la pared atacar á este que está aquí tendido y derribarle al suelo; como yo, lleno de terror empecé á dar grandes voces, el asesino echó á correr con la rapidez del relámpago y desapareció; yo ahora deseaba saber si este desgraciado estaba realmente muerto ó si podía salvar aun su vida. Lo cual no habia necesidad de ver, dijo uno de ellos, que habia levantado el cadáver, porque estos malvados están bien seguros de su obra, y el puñal ha entrado rectamente como de costumbre en el corazón. ¡El diablo cargue con ellos! dijo otro; ha sucedido lo que la última vez; hemos llegado solo algunos minutos demasiado tarde. Despues de todo esto, yo dije (y esto era efectivamente un gran delito) que no podia dar mas detalles, con lo cual me dejaron marchar, y ellos se retiraron, llevando consigo el cadáver del hombre asesinado.

No puedo describir de un modo exacto los sentimientos que me asaltaron cuando me ví solo. Me parecia como si hubiera estado bajo el dominio de un sueño terrible del que despertaba en aquel momento y me admiraba de que hubiera podido engañarme de este modo. Cardillac el padre de mi amada Magdalena transformado repentinamente en un asesino cruel é infame! A pesar de la violencia con que se habia conducido conmigo no habia nada que me hubiera parecido mas imposible que una accion semejante de parte suya. Vencido por estas reflexiones, me dejé caer casi desmayado en los escalones de piedra de la puerta de una casa y permanecí allí sin reparar como pasaba el tiempo hasta que rompió el día y ví que habia mucha luz. Entonces observé un sombrero ricamente adornado con plumas que estaba en el suelo y la idea de que Cardillac habia perpetrado su abominable crimen en el mismo punto en que yo estaba, se presentó á mi imaginacion con una fuerza tan irresistible, que me levanté de allí con horror y corrí todo lo mas que pude para llegar á mi casa.

Completamente confundidos é incapaz de poder seguir idea alguna, me hallaba sentado en mi habitacion solitaria, cuando con gran sorpresa mia se abrió la puerta y Cardillac se presentó delante de mí. En el nombre de Dios, le dije, ¿qué quereis aquí? Sin hacer caso alguno de esta exclamacion se acercó á mí sonriéndose con una espresion de confianza amistosa que no servia mas que para aumentar mi agitacion interior y mi aborrecimiento; cogió una silla vieja y rota y se sentó á mi lado mientras á mí me era imposible levantarme del lecho de paja en que yacia. Ahora bien, Oliverio, decidme, ¿Cómo habeis vivido y en qué habeis pasado vuestro tiempo? Mi conducta ha sido á la verdad vergonzosamente violenta cuan-



do os eché de mi casa; desde entonces á cada instante he sentido profundamente vuestra ausencia. Ahora, por ejemplo, tengo mucha obra entre manos y no puedo terminarla sin vuestro auxilio. ¿Querriais volver á ocupar vuestro puesto en mi taller? ¿Callais? Sí, sé que os he injuriado é insultado. Es inútil negar que yo me incomodé de un modo muy violento contra vos por vuestro cariño á mi hija Magdalena;

pero desde entonces he reflexionado maduramente acerca de ello, y he decidido que en atencion á la habilidad, aplicacion y fidelidad que siempre habeis demostrado, no debo desear á nadie mejor que á vos para yerno. Venid conmigo, pues, si quereis, y tendreis mi permiso para obtener la mano de Magdalena tan pronto como podais manteneros al frente de una casa.

Las palabras de Cardillac me agitaron profundamente. Me estremecia al ver su terrible falsedad, y apenas pude contestar. ¿Dudais? me dijo en un tono duro y fijando en mí sus ojos brillantes. ¿Dudais? Tal vez no vendreis conmigo, teneis otros placeres y querreis probablemente hacer alguna visita á Desgrais ó tratareis de introducirlos hasta llegar á ver á d'Argenson ó á La Regnie, pero tened cuida-



Calao rinoceronte.

do, jóven, no sea que las garras de esos verdugos que escitais contra otro, se vuelvan contra vos mismo y os desgarran. Mi indignacion estalló al oir estas palabras. Dejad, le dije, esos temores para aquellos á quienes acusa su propia conciencia, yo puedo presentarme ante ellos sin miedo alguno. La verdad es, dijo Cardillac, conservando aun una tranquilidad completa, que es honroso para vos el estar trabajando en mi casa, porque soy universalmente conocido y celebrado como el primer artífice de París, y al mismo tiempo mi reputacion está tan bien establecida, que cualquiera acusacion contra mí caería pesadamente sobre la cabeza del calumniador. Debo confesar, sin embargo,

que es debido á Magdalena el que os haya hecho esta visita. Os ha tomado cariño, pero con tal grado de constancia y de ardor, que apenas lo hubiera creido posible en una muchacha de tan pocos años; así que supo que vos os habiais marchado, se arrojó á mis pies, prorumpió en lágrimas y me confesó que sin vos no podía vivir; yo me figuré que era una ilusion momentánea de su propia imaginacion, como suele suceder con muchachas tan jóvenes que están prontas á morir por el primer jóven que las mira con cariño, pero á decir verdad, Magdalena se puso seriamente enferma, y cuando yo trataba de persuadirla de que su aficion á vos era un capricho loco, no daba mas contesta-

cion que repetir vuestro nombre un centenar de veces. ¿Qué podía yo hacer á menos de no dejarla en la mas profunda desesperacion? Esa hubiera sido demasiado duro, y ayer por lo mañana la dije que la concedia mi consentimiento pleno, y que si era posible os llevaria hoy á casa. Así en el trascurso de una sola noche se ha puesto lozana como una rosa de mayo y os espera con la mas extraordinaria impaciencia.

Yo no pude oir mas; mis sentidos estaban completamente trastornados, por lo cual; Dios me perdone! no sé cómo sucedió, pero poco despues me hallé de nuevo en casa de Cardillac, oyendo la voz de Magdalena, que gritaba:





La gran muralla de China, y paso de viajeros en el golfo de Pechéli.

¡Oliverio, Oliverio mio! ¡Mi novio, el que va á ser mi marido! Con estas palabras se arrojó en mis brazos, y yo, con la mas ardiente exaltacion juré por la Santa Virgen y por todos los santos que no la abandonaria jamás.

Agitado hasta el punto de derramar lágrimas por el recuerdo de aquel momento decisivo, Oliverio se vió obligado á hacer una pausa en su relacion, mientras la señorita de Scuderi estaba confundida al oír tales acusaciones contra una persona á quien siempre habia considerado como un modelo de orden y de integridad.

Estó es terrible, dijo, pero segun eso, Renato Cardillac, pertenecia á esa cuadrilla invisible de malvados que tanto tiempo han habitado nuestra ciudad, de tal modo, que puede decirse que París no es meramente mas que una caverna de asesinos.

No, dijo Oliverio, no habéis de cuadrilla, porque aquí no hay ni ha habido jamás tal asociacion; era Cardillac solo que con su diabólica actividad buscaba y encontraba víctimas en todo París. Precisamente de ser solo para llevar á cabo esos crímenes tan horribles, es de lo que ha dependido la seguridad con que ha puesto en práctica sus planes y en lo mismo ha consistido la dificultad invencible de descubrir las huellas del asesino; pero permitidme que prosiga; lo que tengo que añadir os explicará plenamente los misterios en que yo, el mas ignorante y el mas desdichado de los mortales me veia envuelto por mi desgracia.

(Se continuará.)

#### EL CALAO RINOCERONTE.

El ave rinoceronte vista por Boncio en la isla de Java, es mucho mayor que el cuervo de Europa. Llámala hedionda y fea, y la describe de este modo. «Su plumaje es enteramente negro, y estrañísimo su pi-

co. Sobre su parte superior álzase una escrescencia córnea que se prolonga hácia adelante y tuerce en seguida por lo alto en figura de cuerno, prodigioso por su volúmen, cogiendo nueve pulgadas y cuatro líneas de longitud, sobre cuatro pulgadas y ocho líneas de ancho

en su base. Vése este cuerno variegado de rojo y amarillo, y como hendido por una línea negra que sigue por los dos lados su longitud. Abrense bajo de él las ventanas de la nariz cerca del nacimiento del pico. Encuéntrasele en Sumatra, en Filipinas y otras comarcas en los climas cálidos de las Indias.»

Algo añade Boncio á esta descripcion, diciendo que se alimentan de carne y carroña, que siguen de ordinario á los cazadores de jabalíes, vacas silvestres, etc., para comer la carne é intestinos de estos; pues hacen de ellos cuartos los cazadores para llevarlos con mayor facilidad y prontitud, y no dar tiempo á los calaos para que los traguén. Sin embargo, no caza esta ave mas que ratas y ratones, y por esta causa domestican algunas los indios. Segun Boncio, antes de comerse un raton aplástale para reblandecerle, encerrándole en su pico el calao, y zámpasele despues entero echándole al aire y recibéndole en su ancho gáznate: único modo de comer que le permiten la estructura de su pico y pequeñez de una lengua que se amaga en lo mas hondo del pico y casi de la garganta.

Tal es el modo de vivir á que le obligó la naturaleza, dándole harto recio pico para su rapiña, pero debilísimo para combatir, muy incómodo por su uso, y de aparato que no compone mas que diforme exuberancia é inútil peso. Estos excesos y defectos externos influyen al parecer en sus facultades internas. Es triste y salvaje, de grosero aspecto, y de incómoda y como fatigada actitud.



Hernan Cortés.

#### LAS PRIMERAS EMPRESAS

DE HERNAN CORTÉS EN MÉJICO.

Las primeras empresas de Hernan Cortés de Méjico, no solo hacian esperar la reduccion del país, sino además la conversion de todos los



indios al Cristianismo. Pacificaron los españoles que marchaban á sus órdenes á los naturales de Cozumel, hicieron amistad con su cacique, derribaron los ídolos, y en Tabasíó atrajeron á los mas agrestes al culto de nuestra religion. Hé aqui como Don Antonio de Solís, que escribió la *Historia de la Conquista de Méjico*, nos comunica la impresion que en los indios hizo una de nuestras festividades cristianas.

Por venir cerca el domingo de Ramos, señaló Hernán Cortés este día para la embarcación, disponiendo que se celebrase primero su festividad, segun el rito de la Iglesia, observantísimo siempre en estas piedades religiosas: para cuyo efecto se fabricó un altar en el campo, y se cubrió de una enramada en forma de capilla: rústico, pero decente edificio, que tuvo la felicidad de segundo templo en Nueva España; y al mismo tiempo se iban embarcando bastimentos, y caminando en las demás prevenciones del viaje. Ayudaban á todo los indios con oficiosa actividad, y el cacique asistía á Cortés con sus capitanes; durando todos en su veneración, y convidando siempre con su obediencia, de cuya ocasión se valieron algunas veces el padre fray Bartolomé de Olmedo y el licenciado Juan Díaz para intentar reducirlos al camino de la verdad, prosiguiendo los buenos principios que dió Cortés á esta plática y aprovechándose de los deseos de aceptar que manifestaron en su respuesta. Oían con agrado, y deseaban al parecer hacerse capaces de lo que oían, pero apenas se hallaba la razón admitida de la voluntad, cuando volvía arrojada de entendimiento. Lo mas que pudieron conseguir entonces los dos sacerdotes fue dejarlos bien dispuestos, y conocer que pedía mas tiempo la obra de habilitar su rudeza, para entenderse mejor con su ceguedad.

El domingo por la mañana acudieron innumerables indios de toda aquella comarca á ver la fiesta de los cristianos, y hecha la bendición de los ramos con la solemnidad que se acostumbra, se distribuyeron entre los soldados y se ordenó la procesion, á que asistieron todos con igual modestia y devoción: digno espectáculo de mejor concurso, y que tendría algo de mayor realce á vista de aquella infidelidad, como sobresale ó resalta la luz en la oposición de las sombras: pero no dejó de influir algun género de edificación en los mismos infieles, pues decían á voces gran Dios debe de ser ser este «á quien se rinden tanto unos hombres tan valerosos.»

#### LA REDOMA ENCANTADA.

ESCENA DEL ACTO TERCERO NO REPRESENTADA EN NINGUN TEATRO.

ENRIQUE. Yo escribí sobre este asunto un juguete de teatro, cuya representación breve, sencilla, casera, pensaba que te sirviera de recreo y de lección.

DOROTEA. ¿Qué argumento has elegido?

ENRIQUE. Uno de pocos actores, un paso de los amores de Siquis y de Cupido. Cosa de burla.

DOROTEA. Al momento me la tienes que leer.

ENRIQUE. En acción la puedes ver sin salir del aposento.

DOROTEA. Complacencia mas activa no habrá quien la manifieste.

ENRIQUE. Suponte que el palco es este y allí está la escena. Arriba.

(Abrese en el fondo un teatrillo con decoración del jardín de Venus. Enrique y Dorotea se sientan.)

#### ESCENA IX.

VENUS y CUPIDO en el teatro.—En la sala ENRIQUE y DOROTEA.

CUPIDO. Cede á mis ruegos por quien eres y por quien soy.

VENUS. Yo soy Venus y tú Cupido. Soy una madre que necesita reprimir al hijo audaz que se le subleva. ¿Ves esta máscara? (Saca de un canastillo una monstruosa y calva, á propósito para cubrir la cabeza).

CUPIDO. ¡Qué fea es!

VENUS. Al dios Momo se la voy á plantar, y no podrá quitársela sino Júpiter.

CUPIDO. ¿Qué te ha hecho Momo?

VENUS. Ser impertinente conmigo. No lo seas tú.

CUPIDO. Mamá, yo me quiero casar.

VENUS. Calle el arrapiezo.

CUPIDO. Como tengo ya oficio, trato de establecerme.

VENUS. Sí: yo te saqué la plaza de dios del amor, y la sirves tan bien, que todos los amantes reniegan de tí. El día menos pensado me obligarán á proponer tu separación.

CUPIDO. Déjame cesante si quieres; pero déjame rodearte de una docena de cupidillos.

VENUS. ¡Abuela quieres hacer á Venus! ¡A la diosa de la hermosura!

CUPIDO. Y yo, ¿no soy dios del Amor? Está bien que provea de amores á todos, y no cobre ni un céntimo por un millón.

VENUS. El dios del Destino me avisó ayer por el telégrafo que si llegas á enamorarte, será de una tonta que ha de lastimar tu pecho con un tormento horrible, y tendré que sacrificarla por ello. Quiero mirar por tí, y no quiero quitar á nadie la vida: tonta mas ó menos entre tantísimas ni hace ni deshace.

CUPIDO. Pues, mamá, es preciso que me complazcas: es forzoso que admitas nuera.

VENUS. No me la nombres, ó te encierro en el sótano. Nuera y miriñaque son las dos cosas que no puedo sufrir.

CUPIDO. ¡Encerrar al amor! Ahora mismo vuelvo á buscarme novia.

VENUS. ¿Sí? Vuela sin alas. (Le sujeta por ellas).

CUPIDO. ¡Ay mamá, que me descuartizas! ¡No me las arranques! (Venus se las arranca).

VENUS. Flechas, arco, vuelo y hermosura te quito. Monstruo te llaman los amantes á quienes haces penar: esta máscara monstruosa te doy por semblante, y á fe que no te la desprendas á dos tirones. (Se la aplica.) Busca ahora dama, que estás galán. (Vase.)

#### ESCENA X.

CUPIDO en el teatro: ENRIQUE y DOROTEA en el gabinete.

CUPIDO. La buscaré, sí señora; la buscaré.. Desarmado, desplumado, pelon y enmascarado monstruosamente, aun soy el Amor; y el Amor, como no le priven del alma, se ha de hacer amar. Con miriñaque ó sin él, nuera tendrá Venus; y despues... lo que vaya saliendo. (Vase.)

Decoración de templo griego; en una repisa una lámpara apagada: á cada lado un asiento de piedra. Oscuridad profunda.

#### ESCENA XI.

SIQUIS en el templo, ENRIQUE y DOROTEA en el gabinete.

SIQUIS. En este templo, donde no se ve gota, me han dejado el juez del distrito y el Adivino, su coadjutor. Aquí he de aguardar á un monstruo, con el cual tendré que casarme, en castigo de ser curioso. ¡Qué felices vivirán las mujeres de aquellos tiempos en que para la curiosidad no se marque pena en el Código! Maridos monstruos, bastante abundan: ¿Qué monstruo me tocará por marido? (Siéntase.)

#### ESCENA XII.

CUPIDO sin la máscara.—SIQUIS, dichos.

CUPIDO. (Aparte.) He visto que han traído aquí una joven lindísima; y en el momento en que he hecho voto de quererla exclusivamente, se me ha caído la careta monstruosa. El cielo aprueba mi elección: esta debe ser mi mujer.

SIQUIS. (Aparte.) Siento pasos. ¿Quién anda ahí?

CUPIDO. Un monstruo cesante que busca novia. ¿Quién es V.?

SIQUIS. Una soltera en espectación de cesantía, que aguarda novio.

CUPIDO. Harina en punto para pan de boda.

SIQUIS. ¡Harina dice usted! Yo no soy molinero: he sido colegiala de Clio, y todos los años ganaba la corona de la gentileza y la corona de la curiosidad: por esto me condenan á casar con un monstruo, á quien al pronto no tengo de ver.

CUPIDO. Señorita curiosa, por lo que usted me dice, yo soy á quien usted espera: vaya usted haciendo curiosidad de quererme.

SIQUIS. Caballero monstruo, necesito saber si es usted el mismo para quien estoy destinada.

CUPIDO. ¿Le han dado á usted señas para conocerme á oscuras?

SIQUIS. Me ha dado varias el Adivino de esta demarcación.

CUPIDO. A ver si me conoce usted por la mano. (Toma la de Siquis.)

SIQUIS. (Aparte) Tomarme la mano era la primer señal. (Cupido se la besa.) La segunda era esta.

CUPIDO. ¿Usa usted miriñaque?

SIQUIS. No señor: vea usted.

CUPIDO. Me alegro, porque mi mamá los odia de muerte. (Aparte.) ¡Divino tallo!

SIQUIS. (Aparte.) Tiene mamá y la voz es de pollo: debe ser un monstruo mocito. falta la señal decisiva

CUPIDO. ¡Ay, señorita curiosa, ¡ay!

SIQUIS. Señor monstruo, ¿que le sucede á usted? ¿Se pone usted malo?

CUPIDO. No, señora; pero se me carga la cabeza de modo... Un sueño invencible me cierra los párpados. Monstruo es menester que uno sea para cometer la monstruosidad de adormecerse en la primera conversacion con su pretendida. No puedo tenerme... Señorita... á los pies de usted. (Cae aletargado sobre uno de los asientos de piedra.)

SIQUIS. A mis pies... algo lejos de mis pies ha caído. Este sueño, anunciado por el Adivino, era la última señal: este es el monstruo que ha de ser mi consorte. Pues la mano con que me ha cogido la mia, y los labios con que la ha besado, no parecen de monstruo; son manteca y miel. Por curiosa me han traído aquí: dice el adivino que seré una princesa poderosísima, si dejo dormir al monstruo media hora sin verle; mas ¿quién resiste el ansia de conocer á un novio por feo que sea? En una repisa ha de haber una lámpara candilera, preparada por el adivino. La lámpara cuando yo quiera se encenderá; bien que si le derribo el aceite ocasionaré mil destrozos: hay que andar con cuidado. Lamparita, alumbrá. (Se enciende por sí: Siquis la coge.) Da poquisima luz. (Se acerca á Cupido.) ¡Ay, qué monstruo tan lindo! ¿Qué monstruo, si es un muchacho como un lucero? (Tropieza y viértesele la lámpara sobre el pecho de Cupido, lanzando un petardo.) ¡Ay, que se me ha caído el candil!

CUPIDO. ¡Fuego! ¡fuego! ¡Me han abrasado!



## ESCENA XIII.

VENUS y tres ninfas, una con luz y otra con una espada.—SIQUIS, CUPIDO. Dichos en el gabinete.

VENUS. Sucedió lo que el destino me avisó por el telégrafo. Cupido, hijo inobediente, levanta.  
SIQUIS. (Aparte.) ¡Cupido le ha llamado! ¡Es el dios del Amor!  
CUPIDO. ¡Ay, mamá! de esta quemadura no sano en un siglo.  
VENUS. Si esta necia ha vertido en tu pecho la lámpara petardista del desengaño.  
SIQUIS. ¡Buen petardo me he llevado con ella!  
CUPIDO. ¡Ay, qué novia tan fatal escogí!  
VENUS. (A una ninfa.) Llévatele á curarle. A la novia yo la curaré en salud según la receta. (Vase Cupido con una ninfa.)

## ESCENA XIV.

VENUS, SIQUIS, dos ninfas. Dichos en el gabinete.

SIQUIS. Yo no sabia que el señorito Cupido fuera mi pretendiente. Señora diosa Venus, perdóneme usted.  
VENUS. ¡Qué te he de perdonar, si tengo que sacrificarte por ley del Destino! Aquella espada viene para tu cuello, acabada de afilar.  
SIQUIS. Pero, señora, por verter un candil, ¿es razon que se me despabile?  
VENUS. La candilada que has hechado á mi hijo no es culpa que se satisface con menos. ¡Ahí es una friolera freir á un dios!  
SIQUIS. Dormía incógnito: fue sin querer.  
VENUS. Ya se te previno que no anduvieses lampareando.  
SIQUIS. Usted que es tan hermosa, tenga compasion; que es tener una belleza mas.  
VENUS. Yo las reuno todas: verás como te decapito hermosísimamente. ¿Cómo te llamas?  
SIQUIS. Siquis, para servir á usted.  
VENUS. Por muchos años.  
SIQUIS. ¿Por muchos años dice usted?  
VENUS. No me interrumpas, mal criada. Iba á decir que por muchos años padecerá por tu culpa mi hijo: el Destino manda que te degüelle, y le tengo que obedecer, sopena de quedarme bisoja. Conque ponte de rodillas con devocion, inclina la frente y cruza los brazos en una actitud elegante. (Siquis lo ejecuta.)  
SIQUIS. ¡Pobrecita Siquis! ¡Me da tanta lástima de morir!  
VENUS. Alguna me vas dando tambien. Ya le escribiré yo al Destino una carta buena cuando le remita con el ordinario tu busto. Pero que una diosa con estos ojos, por hacerte favor, se ponga en la clase de vizcondesa, ya ves, hija, que tampoco seria regular.  
SIQUIS. ¿Estoy bien así?  
VENUS. No, mujer. Parece que no hallas postura que no sea fea.  
SIQUIS. Para degollada ninguna me parece bonita.  
VENUS. Yo te arreglaré. Baja. Desencoge esos hombros. La espalda así. Como una cordera. ¿Quieres que te deje mucho cuello?  
SIQUIS. Si pudiera usted dejarme todo...  
VENUS. Fuera de eso, pídelo que se te ocurra.  
SIQUIS. Se me ocurre darle á usted un aviso. Por curiosa me matan; pero sepa usted que hay una señora tan curiosa como yo, y tan bella como usted que tiene partido para usurparle á usted el trono de la hermosura, y gasta miriñaque.  
VENUS. Miriñaque digiste. Rival con miriña-

que no la tolero. Tráemela y la sacrificio por tí.

SIQUIS. Allí está: véala usted. (Señalando á Dorotea.)

DOROTEA. ¡Enrique, defiéndeme! (Se levanta despavorida.)

VENUS. ¡Muera mi enemiga! ¡Muera la del miriñaque!

SIQUIS. ¡Muera ella y sálveme yo!  
(Huye Dorotea, asida de Enrique. Cuando Venus, Siquis y la ninfa van á saltar del teatro al gabinete, les cae encima y las deja enjauladas dentro de un miriñaque enorme, con este letrero: «Tendrá, la que no me quiera, miriñaque por montera.»)

JUAN EUGEN O H. RTZEMBUSCH.

## Y ES VERDAD.

## A CONCEPCION.

Te quiero mas que á mi vida,  
mas que á mi padre y mi madre,  
y si no fuera pecado  
mas que á la Virgen del Cármen.  
(Cancion popular.)

Como los rebollares  
aman el céfiro;  
como las campanicas  
aman el vuelo;  
como los tiernos niños  
aman los pechos  
que les cobijan blandos...  
¡así te quiero!

Y no me digas nunca  
con rostro fiero  
que el amor te se acaba,  
pues al momento  
como mueren las luces  
de los luceros  
si les pasa un nublado  
¡soy hombre muerto!

Morena de mis ojos  
yo soy moreno,  
porque de tu semblante  
soy el espejo;  
si apetece ser blanca  
y á tus anhelos  
no se prestan los suyos,  
rómpele al menos.

La pasion que concibo  
con fuerza siento,  
porque tienes un alma  
que es toda fuego,  
y me llevas en alas  
de tu deseo  
como una débil paja  
que arrastra el viento.

Me levantas, me guías,  
me das el genio  
con que concibo héroes  
y escribo versos:  
vives siempre conmigo;  
contigo sueño;  
tú y yo hacemos uno;  
en mí te siento.

Alma de mis quereres,  
con un te quiero  
de tu boca de mieles,  
mi pobre cuerpo  
recibe tanto aire  
de vida lleno  
que para contenerle  
no basta el pecho.

Me levanto estasiado  
del mundo suelo,  
me elevo hasta las nubes  
y allí me asiento  
para gritarle ufano  
con grito inmenso:  
¡bendita siempre seas!  
¡tambien te quiero!

Me basta que me mires  
y ya desciendo  
del pedestal sublime  
que á tí te debo,  
para arderme en la lumbre  
de tus luceros  
que reclamo por pira  
de mis conciertos.

Arda en ellos mi prosa,  
ardan mis ecos,  
arda en ellos el alma  
que menosprecio  
si al cerrarse tus ojos  
de lumbre llenos,  
queriéndola por suya  
la guardan dentro.

Pues mas que las florestas  
aman el céfiro;  
aun mas que las campanas  
aman el vuelo;  
y mas que los infantes  
aman el pecho  
que les cobija blando  
¡aun mas te quiero!

MODESTO LLORENS.

## LA CHINA ARMÁNDOSE A LA EUROPEA.

Los sucesos que están ocurriendo en China ocupan la atencion de los hombres de Estado europeos. Uno de esos sucesos es la determinacion abrazada últimamente por el príncipe Kung de montar el ejército y la marina de guerra del colosal celeste imperio á la manera europea, y la gravísima política adoptada por el gobierno británico de ayudarle á llevar á cabo tales reformas, prestándole oficiales y sargentos que instruyan y organicen las nuevas tropas regulares, y facilitándole vapores de guerra, y personal que los tripule y que se los enseñe á manejar.

La nacion española, dueña del remoto y rico archipiélago de Filipinas, así como del de Marianas, no puede menos de ver con alarma ese principio de una revolucion que quizá llegue á convertir al pacífico y dormido imperio chino en un coloso formidable.

Segun el último censo de poblacion de 1852, la poblacion de las 18 provincias de la China, propiamente dicha, era la siguiente:

Provincias; Fochi-li; poblacion, 40.000.000. Chan-toung, 41.700.621. Chau-si, 20.166.072. Hó-nan, 33.173.526. Kiang-son, 54.494.641. Ngan-hoei, 49.201.992. Kiang-si, 43.814.866. To-kien, 22.699.460. Tche-kiang, 37.809.765. Hou-pé, 39.412.940. Hou-nan, 26.859.608. Chen-si, 14.698.494. Kan-sou, 21.878.190. Sse-tcheuan, 30.867.875. Kouang-toung, 27.610.128. Kouang-si, 10.584.429. Yun-nan, 8.008.300. Kouei-tcheon, 7.615.025. Total, 536.904.300.

A esta poblacion hay que añadir la de la Tartaria mongola interior y exterior, Tartaria-Manchu, Kirin, Ilí y Kokonor; países llamados colonias, y que componen un territorio tan grande ó mayor que el de las 18 mencionadas provincias, las cuales miden 1.200.000 millas cuadradas.

Aunque se quiera suscitar dudas acerca de esa poblacion de mas de 500 millones, hay que convenir en que ningun estadista ni geógrafo moderno reconoce á la China menos de 400 millones de almas.

Suponiendo el caso de que éste imperio organice su ejército á la europea y arme como las naciones cristianas, el 1 por 100 de su poblacion, se encontrará con una fuerza permanente y movilizable de cuatro millones de soldados.

En cuanto á la marina, debe notarse, que no solo tiene la China una costa de mas de mil leguas; sino que tambien muchos rios navegables para grandes embarcaciones; por algunos de los cuales suben estas hasta mil leguas. A esto se debe que la marina mercante indígena sea numerosísima y que sus tripula-





Hernán Cortés celebra en Tabasco la festividad del domingo de Ramos.

ciones se calculen en cinco ó seis millones de marineros. La marina de guerra interior y exterior se ha compuesto en tiempos de paz de 2,200 buques; con el mismo gasto, poco mas ó menos, se mantendría igual número de embarcaciones, construidas y montadas á la europea. El carbon de piedra abunda en muchas partes del imperio, en sitios de muy económica explotación; y este combustible ha sido usado desde tiempo inmemorial en varias provincias para las necesidades domésticas.

En China es fácil encontrar centenares y miles de hábiles carpinteros, herreros y aun fundidores. El arte de leer y escribir, á pesar de su especial complicación, está mas difundido que en ningún país de Europa ó América. El cráneo mongol es mas ancho que el caucásico y presenta al mismo tiempo un excelente ángulo facial: así es que nadie niega á esta raza una gran inteligencia. De ella ha dado pruebas irrecusables. Sin haber imitado cosa alguna de otro país, la China ha poseído antes que nosotros una adelantada civilización, el teatro, la ahuja de marear, la pólvora, la imprenta con tipos móviles y no móviles, grabados en madera, una academia de la historia (500 años antes de Jesucristo); una rica literatura y un sistema de gobernación fundado en los exámenes y oposiciones públicas, que se ha conservado inalterable á través de los siglos. Si el país se ha quedado atrasado, en medio del gran progreso que han tenido en tiempos modernos las artes y las ciencias, debido es esto tan solo al riguroso sistema político de aislamiento y reclusión que creyó oportuno adoptar la dinastía Tártara Manchú que reina en el imperio desde 1642.

En ningún ramo ha sido tan grande ese atraso como el arte de la guerra, y de aquí la inferioridad de sus fuerzas armadas terrestres y marítimas, siempre que se han puesto en lucha con los extranjeros; pero la idea de que los chinos sean cobardes é incapaces de batirse contra los demás hombres, dadas circunstancias iguales, es una vulgaridad ya desvanecida, á lo menos para los que han tenido ocasión de conocerlos. Sería largo citar á este

propósito hechos sacados de su historia antigua ó moderna, y basta recordar el muy reciente del cuerpo de sirvientes (Coolis) organizado por los ingleses durante la última guerra de 1860. Estos pobres chinos sin ningún estímulo moral que los excitase (pues por el contrario servían á los extranjeros invasores de su patria), y solo por cobrar el pequeño salario mensual que se les pagaba, desempeñaron constantemente y de buen humor los trabajos mas duros, y se expusieron con gran serenidad al fuego siempre que fue necesario, poniendo, por ejemplo, las escalas en los muros para dar los asaltos, en cuyas ocasiones muchos de ellos perdieron la vida, sin que por esto se desconcertasen ni retrocediesen los demás.

Hay que llamar la atención sobre un hecho muy importante. A pesar de la magnitud del celeste imperio y en medio de la extraordinaria anarquía que le asola desde hace 12 años, mientras que cuatro ó cinco distintas rebeliones desafían al gobierno de Pekín y que este sostiene una lucha (en que al fin es vencido) contra el ejército anglo-francés, ni el mas pequeño síntoma, sin embargo, se presenta de querer ninguna provincia separarse de las demás. No hay un jefe rebelde cuyo programa sea erigirse en régulo independiente de un trozo solo del Imperio. El mas poderoso de todos, «Hung-tsensuen» capitán de los taepings, establecido desde principios de 1853 en Nankín, nunca ha hablado de división del Imperio sino que ha aspirado á hacerse soberano de todo él, expulsando á los tártaros manchus; y una de sus divisiones estuvo en octubre de 1853 ya casi delante de Pekín. Ahora es casi seguro de que el príncipe Kung destruirá las insurrecciones á favor del auxilio que le prestan los ingleses y franceses; y que el colosal imperio que nos ocupa saldrá entero y compacto de la crisis porque está pasando, y no solo entero, sino regenerado, libre de las preocupaciones y del oscurantismo que le hacia débil; dispuesto á adoptar, y probablemente con entusiasmo, las armas y la organización militar europeas, el vapor en la tierra y en el

mar, el telégrafo eléctrico y el poderoso recurso de los empréstitos públicos.

Tal resultado hace presentir la política que sigue en este momento el gobierno británico. A ese inmenso coloso tan inteligente, unido y compacto le está enseñando la táctica militar europea, el uso de la artillería y el manejo de los buques de vapor.

Se está ya batiendo contra los rebeldes taepings, una columna organizada bajo el mando del aventurero norte-americano Ward, teniendo por segundos suyos á sus compatriotas Forrester, Morton y otros. La fuerza se compone de 1,500 á 2,000 hombres de infantería, con dos baterías de obuses de á 12; y lleva también un cañón de á 24 y dos de á 36 para batir murallas. Los artilleros chinos han sido muy bien instruidos en el manejo del cañón por 30 escogidos soldados de marina ingleses, que á este efecto prestó á Ward el almirante Hope. Dicho norte-americano ha muerto el 20 de setiembre último, al tomar á los taepings la ciudad amurallada de Tse-Ki. Ha sido el primer cristiano que ha figurado como general chino en la Guía de forastero imperial.

En Tien-sin y en Taku, sargentos ingleses están enseñando el ejercicio á varios indígenas, para que se forme una escuela en donde aprendan los demás.

En Canton, segun las últimas noticias, nada menos que 70 ingleses entre oficiales, sargentos y cabos, estaban disciplinando á un cuerpo de indígenas armados con fusiles de percusión, cuya fuerza, dicen los periódicos de China, se va á componer de 2,000 hombres.

Los mismos periódicos aseguran que en Shangai se organiza otro cuerpo de 10,000 hombres, y ya se ha batido un batallón de estos instruido y mandado por el teniente K'ingsley, y varios sargentos del regimiento inglés núm. 67.

(Se continuará.)

SINIBALDO DE MAS.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.  
Editor responsable, Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, Paseo de Matheu.

En Provincias, Estrasjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.